

Ingenuamente, Vallejo viene a creer, como tantos otros, que toda esta problemática desaparecerá una vez instaurado el auténtico orden socialista. Por otra parte, la cita reproducida es útil para hacer notar su sentido absolutamente idealista de la concepción del arte, lo cual engarza coherentemente con su criterio acerca del problema de Mayakovsky en cuanto que escritor en contradicción respecto de sus íntimas relaciones entre vida y obra ¹⁸, asunto sobre el que volveremos en sentido despersonalizado. Y aun diríase que Vallejo intenta exorcizar el problema transfiriendo su autoanálisis al poeta ruso.

Entre los deberes del escritor se encuentra no sólo el atender a las principales consignas para encauzarlas en su arte, sino también el organizarse debidamente en sindicatos profesionales siguiendo el ejemplo soviético y aspirar, mundialmente, a la expansión de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios (págs. 21-22 y 127). Sin duda en estos resortes de la actividad político-intelectual es donde Vallejo se muestra más decididamente propagandista, panfletario, y más explícitamente prosoviético, pues en realidad se limita a reproducir tal cual las consignas de partido y su visión dirigida, alimentadas sobre todo durante sus tres viajes a la Unión Soviética sin apenas un ápice de crítica. En este sentido Vallejo fue un voluntarista o bien un hombre de fe.

Si nuestro poeta niega vehementemente al artista «hacedor», que habrá de ser «reemplazado por el conductor social» (pág. 71), no deja de preocuparse sin embargo por la adecuación de clasicista finalidad retórico-persuasiva en lo concerniente al carácter profético de la poesía. Tras censurar duramente a Víctor Hugo sostiene que «el poeta profetiza creando nebulosas sentimentales, vagos protoplasmas, inquietudes constructivas de justicia y bienestar social» (pág. 47), mediante lo cual sutaliza un tanto el propósito groseramente didáctico-finalista a menudo proclamado en aquel tiempo por la ortodoxia comunista.

Lugar destacado debemos reservar a la consideración de las relaciones entre vida y obra del artista en la construcción vallejana de la teoría del poeta, mediante la cual se accede, por otra parte, al tratamiento de la teoría del reflejo y a una teoría de la producción. Según Vallejo la sincronía vida/obra existe siempre, como «estrecha correspondencia», «en los grandes y en los pequeños artistas, en los conservadores y en

¹⁸ *Escribe Vallejo en El Arte y la Revolución: «En el caso de Maiakowsky hay que distinguir, desde luego, dos aspectos: su vida y su obra. Después de su suicidio, la primera ha quedado redondeada como una de las expresiones individuales más grandes y puras del hecho colectivo. Sin duda, el suicidio no ha sido más que el milésimo trance de un largo viacrucis moral del escritor, déraciné de la Historia y poderosa voluntad de comprender y vivir plenamente las nuevas relaciones sociales. Esta lucha interior entre el pasado, que resiste, aun perdido ya todo punto de apoyo en el medio, y el presente, que exige una adaptación auténtica y fulminante, fue en Maiakowsky larga, encarnizada, tremenda. En el fondo, supervivía tenaz e irreductible la sensibilidad pequeño-burguesa, con el juego de todos sus valores fundamentales de vida, y solamente afuera bregaba el afán voluntarioso y viril de abogar el ser profundo de la historia pasada, para reemplazarlo por el ser, igualmente profundo de la historia nueva. El injerto de ésta sobre aquél fue imposible. En vano cambió, al día siguiente de la revolución, su chaleco futurista por la blusa del poeta bolchevique» (pág. 120). Y más adelante concluye, casi con crueldad: «fue un espíritu representativo de su medio y de su época, pero no fue un poeta. Su vida fue, asimismo, grande por lo trágica, pero su arte fue declamatorio y nulo, por haber traicionado los trances auténticos y verdaderos de su vida» (pág. 122). Para el controvertido caso Mayakovski deben tenerse en cuenta, en primer lugar, los textos del mismo compilados en Poesía y Revolución, Barcelona, Península, 1974; además de Viktor Sklovski, Maiakovski, Barcelona, Anagrama, 1972. Se encontrará una importante reflexión crítico-literaria utilísima para todos los aspectos atinentes de la doctrina marxista y su desarrollo en A. García Berrio, Significado actual del Formalismo ruso, cit., caps. IX y X. Desbordaría con mucho nuestro propósito entrar dignamente en el tratamiento de la problemática crítico-literaria marxista. Remito al libro citado.*

los revolucionarios» (pág. 49), idea que mantiene a partir de los análisis marxistas resolubles en que toda actividad posee significación política, consciente o no. Se defiende así que toda obra detenta un fuerte sincronismo respecto de su autor (cómo no, si fue él quien la escribió), pero la viable dignidad del planteamiento depende de la manera en que éste se focalice, y cabe decir que Vallejo lo hace de forma no primaria o elementalmente comunista, cuando menos para su tiempo. De este modo queda asumida también una teoría del reflejo, de la producción artística e, indirectamente, del realismo artístico:

A semejanza del mal fotógrafo, que busca en la fotografía la reproducción formal y el remedo externo del original, el mal crítico pretende hallar en la obra de arte la reproducción literal y el reflejo de repetición de la vida del artista. Cuando no halla este reflejo —cosa que, dicho sea de paso, ocurre, precisamente, en los grandes artistas— concluye diciendo que no hay ningún sincronismo entre la vida del autor y su obra. Así es como proceden quienes creen que la concordancia existe en ciertos artistas, pero no en todos.

Para encontrar el sincronismo verdadero y profundamente estético, hay que tener en cuenta que el fenómeno de la producción artística —como dice Millet— es, en el sentido científico de la palabra, una auténtica operación de alquimia, una transmutación. El artista absorbe y concatena las inquietudes sociales ambientales y las suyas propias individuales, no para devolverlas tal como las absorbió (que es lo que querría el mal crítico y lo que acontece en los artistas inferiores), sino para convertirlas dentro de su espíritu en otras esencias, distintas en la forma e idénticas en el fondo, a las materias primas absorbidas. Puede ocurrir, como hemos dicho, que a primera vista no se reconozca en la estructura y movimiento emocional de la obra, la materia vital en bruto absorbida y de que está hecha la obra, como no se reconoce, a la simple vista, en el árbol los cuerpos químicos nutritivos extraídos de la tierra. Sin embargo, si se analiza profundamente la obra, se descubrirá necesariamente, en sus entrañas íntimas, conjuntamente con las peripecias personales de la vida del artista y a través de ellas, no sólo las corrientes circulantes de carácter social y económico, sino las mentales y religiosas de su época (págs. 50-51).

La argumentación vallejjiana, paradójicamente, supera la más estrecha ortodoxia marxista en la medida en que ésta se dogmatizó oficializadamente en torno al simplismo contenidista, docente y la teoría del reflejo, olvidando el gran acervo teórico del positivismo que la antecedió sin cortapisas dirigistamente políticas. Y el hecho es que Vallejo, cuya formación positivista-naturalista crítico-literaria pudimos ver al tratar de *El Romanticismo en la Poesía Castellana*, tuvo mejor memoria cultural que el común de los teóricos comunistas de aquella época, al margen de que —como creo— el talento poético del poeta peruano, en un punto como éste tan íntimamente ligado a la personal experiencia de la expresión artística, es muy dificultoso suponer que de alguna manera hubiese claudicado totalmente ante simplificaciones de razón propagandística y circunstancial de esa índole. Vallejo, que reproduce en el texto transcrito cierto mecanismo generalista y la acendrada comparación positivista (tainiana) del árbol en relación a la obra artística, se pregunta casi perplejo a pie de página: «El arte, ¿reflejo de la vida económica? Claro. Pero reflejo también de la vida social, política, religiosa y de toda la vida» (pág. 51). Es decir, el arte refleja o puede reflejar todo; y, aun sin entrar en el viejo terreno escolástico de discusión genuinamente marxista, puede afirmarse que esto es una perogrullada se mire como se mire. Diferente realidad, que ahora no nos concierne, es la profunda e inteligente dignificación y rentabilidad teórica alcanzada sobre este punto por grandes pensadores como Lukács, Adorno o incluso Goldmann —que de alguna manera reconstruyen para el mundo moderno el capital concepto clá-